



Fotografía de noticias.universia.cl

Cruces críticos: un diálogo pedagógico con Reynaldo Jiménez, Macarena Urzúa y Cid Campos

El pasado jueves 6 de septiembre tuvimos el privilegio de recibir en la Universidad Finis Terrae a los poetas Reynaldo Jiménez y Cid Campos, que por esos días visitaban Santiago en el marco del Festival PM, Poesía y Música. La actividad la enmarcamos en la asignatura de poesía latinoamericana que dicta la profesora Macarena Urzúa con el fin de permitir un diálogo y encuentro abierto entre los poetas y los estudiantes de pregrado de Literatura. Como impulsora de la iniciativa me parecía relevante ofrecer esta instancia de reflexión colectiva en torno a poéticas experimentales y transmediales que se salen de la norma de lo que usualmente entendemos por “poesía” y también por “literatura”, en un momento en que los estudiantes se están generando muchas preguntas en torno a la escritura, su carrera y la conexión que esta exige con el presente contemporáneo.

Un diálogo y un encuentro supone un ejercicio colectivo para la generación del saber. De esta manera, la experiencia de escuchar presencialmente la trayectoria y los trabajos de poetas ya consolidadas por algunas décadas, va dejando rastros y modelos de quehacer, para estudiantes de entre 18 y 22 años que aún se encuentran en fase de formación y formateo. El encuentro en el auditorio del edificio B en casa central disparó preguntas y comentarios que no solo ahondaron en la práctica de escribir, sino sobre todo sobre el rol de la tecnología

en la disciplina y también de la memoria, como sustrato individual y comunitario que emerge de manera permanente y como acervo común para la producción del sentido. El encuentro también dejó nuevos y “raros” materiales para nuestra biblioteca, además de algunas exigencias técnicas: consignar una colección especial para formatos de audio en la biblioteca de Literatura.

El año 2017 tuve la oportunidad de conocer personalmente a Reynaldo Jiménez – nacido en 1959 en Lima, actualmente residente en Buenos Aires–, en el coloquio "Poesía, traducción y redes" organizado por Macarena Urzúa (CIDOC, Universidad Finis Terrae) y Felipe Cussen (IDEA, Universidad de Santiago). Una coincidencia productiva fue que nuestras intervenciones se programaron en el mismo día y lugar en horario continuado. Jiménez es un poeta que en ningún caso coincide con los casilleros críticos o estéticos con que comúnmente nos acercamos a la poesía latinoamericana: la vitalidad de su presencia física, porta un correlato con un tipo de obra que de distintas maneras viene desmontando la palabra escrita a partir de la traducción idiomática, la visualidad, el sonido y el formato de video. Eso le vale para identificar su juventud con “el under del under”, cuando se le pregunta por los años ochenta en Buenos Aires.

El mediodía del 6 de septiembre nos demoramos en arrancar la charla porque Cid Campos (São Paulo, 1958) revisa milimétricamente la conexión del video y la salida de audio para que podamos los asistentes acceder a la experiencia poética compleja que él



quiere transmitirnos. No se trata de una conferencia en un sentido tradicional, lo que él prefiere es mostrarnos uno tras otro, su infinitud de trabajos sonoros. En su largo recorrido biográfico y poético, Cid va proyectando también las portadas de los numerosos CDs que recogen su trabajo. Hijo del reconocido concretista brasileño Augusto de Campos, Cid ha construido su trayectoria a partir del diálogo artístico con su padre, fundamentalmente musicalizando sus textos concretos, siempre fragmentarios como es propio del concretismo, textos en sílabas, palabras, bloques y mantras. En la charla se refiere a él siempre como “Augusto” y no habla de la filiación familiar. Antes de comenzar esta charla pensé para mí misma que me parecía tremendamente provocador el hecho de que Cid fuera presentado en todos los contextos como “el hijo de”. A priori pienso que eso lo desmerece, como si a su obra tengamos que acceder por medio de la figura del padre. Sin embargo, con el avance de su conferencia, me tranquiliza su forma de referirse a esa colaboración. Cid no se refiere

nunca a Augusto “padre” o “persona”, sino que en todo momento y exclusivamente a la relación creativa que los vincula a ambos, dándonos a entender que ellos componen un colectivo o una dupla de trabajo donde no hay jerarquías.

“¿Cuál es el objetivo de este tipo de poesía?”, “¿Cuál es el futuro de esta poesía, considerando las transformaciones tecnológicas?”, “¿Cómo se llega a hacer esto?”. Luego de ambas conferencias, comienzan las preguntas de los estudiantes. Estas nos interesan de sobremanera porque interpretan también las inquietudes de los poetas y los profesores presentes. Reynaldo y Cid están de acuerdo en afirmar que esta poesía se trata de textos para “entrar en escena” y no para imprimirse en la hoja de un libro. Se encuentra en ese radical performativo justamente la “plasmación de la magia” –Jiménez– que es por donde se asoma la ancestralidad y la memoria, que se resiste al discurso y la escritura lineal, acoto yo. A Reynaldo le interesa pensar la poesía más allá de las palabras y eso sorprende mucho a los estudiantes. De paso nos dan una lección a nosotros docentes. Me “ausento” por algunos segundos de la testera para explorar mi cardex interno y revisar mentalmente los programas de las asignaturas de la licenciatura, si no estarán aún demasiado rígidos, si no será tiempo ya de incluir poéticas fuera del ámbito del texto: más visualidad, más sonido, más cuerpos, más olores. Y considero que esto no solo debería revisarse en las asignaturas de contemporánea, sino que también para aquellas poéticas históricas, medievales, del barroco, que nos sirvan para pensar y hablar sobre nuestro presente actual.

A los estudiantes les interesa comentar sobre el procedimiento o “modo de hacer poético”. En función de las inquietudes retomamos la discusión a propósito de fronteras entre texto y sonido. Recuerdo en ese momento y de forma espontánea una conversación que tuve hace algunos meses con un amigo cantautor, es decir, que hace canciones. Yo le pregunté cómo era que surgían las letras, o cuál era el orden natural en sus canciones. Él me detalla que es la música la que se instala primero, mucho antes que cualquier palabra. Que luego lo desafiante es hacer vibrar un texto con la melodía ya escrita. Saco a colación esa experiencia en la mesa pero los poetas me refutan. Reynaldo es muy claro en advertir que para él es imposible separar “las aguas”, que justamente lo experimental radica en trabajar desde y en una zona híbrida, de contacto de lenguajes, cuyas delimitaciones son difusas, al modo de una simbiosis. Él aprovecha de contarnos el caso del músico argentino Alberto Spinetta, a quien “le llegaba” a la mente la melodía de sus propias canciones pero siempre ataviada a un murmullo en un inglés inexistente, inventado por él mismo, barroco. A ese murmullo, en el que Spinetta proyecta toda su memoria rockera anglosajona digerida desde su infancia, él anotaba encima letras en su español rioplatense, como quien procede en un montaje.

Un poema escénico se escribe cada vez que se reproduce o se performatea. No podríamos identificar por eso un texto “original” en el caso de esta poesía. Aunque Cid Campos trabaje a partir de los textos de Augusto de Campos, ese “a partir” implica un

“desde” creativo que somete al poema a una transformación y por ello a la realización de una obra siempre distinta cada vez. Cada reproducción enriquece el poema que no cesa de transformarse y con ello, de significar. A mayor cantidad de ejecuciones escénicas podríamos pensar cómo el poema teje nuevos sentidos en función no solo de los imaginarios y contextos de quienes escuchan, los receptores, sino del contacto mismo del cuerpo a cuerpo en colectivo, que supone cualquier ejercicio performativo.

Francisca García